

Dr. Francesc LLOP i BAYO
Antropòleg
963 856 652 / 636 066 978
Joan Llorenç, 62 – 10
VALÈNCIA
E- 46008 (COMUNITAT VALENCIANA)

083038@gmail.com

València, 06-05-2020

¿Para qué sirven las campanas hoy?

Me piden que reflexione sobre la utilidad de las campanas y sus toques en nuestro tiempo, sobre todo en aquellas iglesias de nueva construcción.

La respuesta es muy fácil: la campana es un objeto inútil.

Es cierto que en tiempos antiguos las campanas servían para proteger a la comunidad: en los primeros tiempos, digamos desde el siglo XI hasta el XVII, la gente creía – porque la Iglesia lo pensaba también – que cada vez que una campana sonaba, se elevaban sus oraciones escritas al cielo. De hecho las campanas más antiguas apenas están dedicadas a Jesús, a la Virgen o a los santos, sino que llevan oraciones de protección: *congrego al clero, junto al pueblo, hago huir la peste... esta es la cruz del Señor, huid los enemigos...*

En los siglos posteriores, digamos del XVII al XIX, cambia el concepto: las campanas siguen llevando oraciones, pero no van dirigidas a Dios sino a los mediadores. *Santa María ruega por nosotros... San Miguel, defiéndenos en la batalla...*

El siglo XIX trajo un cambio radical de paradigma: las campanas dejan de llevar oraciones para mostrar dedicaciones. No es lo mismo *Santa Bárbara ruega por nosotros* (mediación) que *Dedicado a Santa Bárbara* (homenaje). No digamos en los tiempos presentes en que a menudo llevan exclusivamente la marca de fábrica y el año de fundición.

Las campanas además de proteger, por el hecho de estar bendecidas en todos los casos y a menudo consagradas, también eran un importante elemento de comunicación. Respecto a la bendición o a la consagración recordaremos que, aún hoy, la campana es el único elemento litúrgico que no solamente es bendecido y en muchos casos ungido con los santos óleos y ahumado con incienso sino que es el único que recibe un nombre propio, una dedicación expresa. Sorprende a menudo ver el penoso estado de conservación de muchas campanas en sus torres, recordando la forma en que fueron incorporadas solemnemente a la comunidad mediante una compleja liturgia.

Pero volvamos a la comunicación. Ciertamente las campanas además de proteger a la comunidad que las escuchaba, servían para construir el tiempo, señalar los espacios y reforzar la comunidad. Hay un tema muy interesante, al investigar las campanas y es por un lado su asociación con todas las iglesias cristianas, su diversidad en la forma de los toques y su parecido en las funciones. Todas las iglesias cristianas utilizan las campanas para comunicarse con su

comunidad, si bien es cierto que en nuestro contexto histórico más cercano, las iglesias reformadas, a menudo perseguidas, carecen de campanas. Pero sobre todo los toques varían de un territorio a otro de forma espectacular. Hemos propuesto que la unidad cultural, en cuanto a las campanas, es el obispado: cada uno trató de hacer sonar las campanas de manera distinta a las diócesis cercanas, y del mismo modo, cada población, que seguía las líneas sonoras marcadas por su ordinario, trataba de diferenciarse de la comunidad vecina por sus toques algo diferentes.

Siempre se ha dicho que una comunidad alcanza hasta donde llega el sonido de sus campanas: no es cierto. Las comunidades han tendido siempre a tener campanas lo suficientemente grandes como para que pudieran ser escuchadas de las parroquias o los pueblos vecinos. Con las campanas pasaba como con los toques: *ellos no saben tocar como nosotros, pero los que menos saben tocar son los de el pueblo de al lado; nuestras campanas son las mejores, las de los otros suenan mal pero las del pueblo vecino son pura chatarra.*

La diversidad sonora no indicaba diferencia de cultos: en tierras suizas los toques varían de un cantón a otro, de una población a otra, pero en la misma población, al escuchar el toque, no se sabe si son campanas católicas o reformadas.

Los toques, como hemos dicho, marcaban el tiempo de la comunidad. No sólo a través de los toques horarios. Aún diríamos, mejor que los toques horarios, porque los relojes no discriminan el día de la noche. El toque de oración, al alba, mediodía o atardecer, marcaban los límites de la jornada (puesto que no había apenas iluminación por calles o casas, y por tanto la vida social o incluso familiar se limitaba a las horas de sol).

Los toques definían también el territorio, tanto desde un punto de vista simbólico como práctico. La entrada o salida de procesiones o de entierros, el paso de la comitiva por ciertos lugares, era remarcado con toques especiales que indicaban a la comunidad que algo importante para ellos estaba ocurriendo en aquel espacio compartido. Y del mismo modo, incluso en grandes ciudades como València, los toques de campanas extemporáneos llamaban al arma, indicaban incluso en qué barrio había un incendio y dónde había que acudir.

Y lo mismo ocurría con la representación del grupo: sobre todo los toques de difuntos comunicaban el sexo, la edad, la condición social, incluso la pertenencia a una u otra cofradía. Por cierto, no había toques de bautizos, de comuniones o de bodas, ya que eran considerados actos privados, de la familia más íntima, mientras que la muerte de un miembro del grupo sí que afectaba a toda la comunidad.

Las campanas, el lenguaje local diferenciado, eran de gran utilidad para construir y reforzar una comunidad, para relacionarla, para buscar el lazo (sonoro) entre Dios y los hombres. A veces se ha dicho que los campanarios son como una aguja de coser: lo que atraviesa el ojal de la aguja, los toques, unen la tierra con el cielo, a las personas con su comunidad.

Por supuesto, eso no tiene ningún sentido ahora. No necesitamos campanas para saber qué hora es, ni tampoco para que nos llamen al templo o nos indiquen que ha muerto alguien, que seguramente no conocemos y que además estará en un tanatorio y no en su casa. No sirven, para nada las campanas.

Sin dejar el tema, pensemos que en estos tiempos de confinamiento (escribo estas líneas un 6 de mayo del 2020, todavía en casa a causa del coronavirus) muchas cosas han dejado de ser útiles. Los templos, por ejemplo. ¿Qué necesidad hay de tener una iglesia, con lo cara que es su conservación, cuando gracias a YouTube se puede transmitir en directo la eucaristía o cualquier otra celebración litúrgica, sin tener que salir de casa? Con lo que cuesta mantener esos caserones viejos, mal contruidos, llenos de obras de arte que quizás (no siempre) tengan un interés artístico, pero que no inspiran piedad... Con lo fácil que es reunirse por Internet, e incluso dejar a medias la celebración y buscar otra que nos guste más, sin tener que hacer el esfuerzo de ir, de levantarse, de avergonzarse al huir... Es más, ¿no dijo Jesús que a partir de ahora (¡de entonces!) solamente había que adorar al Padre en Espíritu y Verdad? Entonces, ¿qué falta hacen todas estas cosas, superfluas, antiguas, inútiles?

Y sin embargo...

Y sin embargo, los viejos templos, las campanas, los rituales, solamente tienen sentido vividos en comunidad. Los teóricos de la espiritualidad, los muy intelectuales, tienen suficiente con el concepto, con un texto, incluso con un pensamiento. Pero esa visión, individualista y minoritaria, no tiene en cuenta ni las necesidades de las personas ni la relación comunitaria y eclesial. Las personas necesitamos de los signos, físicos y simbólicos, para relacionarnos no sólo con el Altísimo sino con los hermanos, con la comunidad. Y para eso son necesarios los elementos físicos, tangibles.

Hablemos de las fallas.

El origen de las fallas, el origen real, no el mítico, es la necesidad de hacer fiesta, juntos, en la calle. La fiesta se hace en comunidad: uno solo, incluso una pareja, no hacen fiesta. Pueden jugar, discutir, incluso celebrar. Pero la fiesta requiere un espacio público y un grupo de gente.

En la sociedad tradicional, a partir del anochecer no se podía salir por las calles. Pero no era una prohibición simbólica o represiva: simplemente, no había luz pública. Por tanto, para estar juntos, para alargar el tiempo de la comensalidad, había que hacer una hoguera (*una falla*) para iluminarse y quizás, en las épocas frías, calentarse. El fuego compartido iluminaba y reconstruía las relaciones entre los participantes. Más aún cuando el día (que no la jornada) comenzaba a mediodía,

el único momento cierto, medido con el sol, porque la medianoche, sin relojes, sin internet, sin radio ni televisión, no era más que una quimera.

Si a mediodía comenzaba el día de la fiesta, se necesitaba alargar el tiempo compartido, a través de una hoguera, que calentaba los corazones y los religaba una vez más. Si esta forma de medir el tiempo nos parece rara, recordemos, si aún sabemos algo de liturgia, que las misas de los sábados por la mañana son de *Sancta Maria in sabbato* mientras que las de la tarde ya son del domingo, que comenzó tras la comida. No anticipan el domingo, son el domingo pleno.

Pero aún hay otro dicho fallero que nos puede ser de utilidad: *sense casal no hi ha falla*, es decir sin lugar de reunión, sin sede de la asociación, no puede hacerse nada concreto.

La gente necesitamos signos para sentirnos grupo, para sentirnos comunidad, para saber que formamos parte de algo que trasciende nuestra vida, nuestra familia, incluso nuestros familiares más próximos. Por eso las campanas son ideales. Porque recuerdan el lugar de encuentro, porque reconstruyen la comunidad, porque marcan espacios y tiempos sagrados, porque transmiten, mejor que ningún instrumento musical, mejor que ningún mensaje digital, emociones, sentimientos, creencias.

Todo lo que es importante, es inútil. Inútil desde el punto de vista mundano, desde la economía, desde la productividad. Pero importante y necesario, porque construye, más allá de las palabras, mediante gestos, mediante signos, con sonidos, la comunidad, sin la que no es posible vivir.

Por eso tocamos campanas. Para expresar, a través de ellas, mediante nuestro esfuerzo amoroso, las emociones, las creencias, las alegrías y los miedos de nuestra ciudad. Por eso pensamos que deben seguir sonando. Y desde luego, si son tocadas manualmente, mucho mejor.

Dr. Francesc LLOP i BAYO